

CRONICAS DESDE EL OTRO MUNDO

Menos conflictivo, pero más difícil

Tal y como en estas mismas páginas se pronosticó, el pasado lunes la Asamblea Episcopal ha concluido con reelección en la cima y con un notable rejuvenecimiento en los mandos intermedios. Y no es que el pronosticador fuera un lince, es que la quiniela era tan sencilla, tan lógica, tan llena de unos, que realmente sólo se equivocaron quienes prefirieron lanzarse por los caminos calenturientos de la imaginación o de los bulos. Todo sigue, pues, con un pie algo más intenso en el acelerador. Y creo que la cosa no merece más comentarios.

Si los merece, en cambio, el discurso de apertura, en el que el cardenal Tarancón, como si presintiera ya la reelección, se atrevió a presentar todo un programa para el futuro de la Iglesia en España. Y no voy a referirme aquí a su reiteración de independencia en lo político—varias veces glosada ya en estas crónicas—, sino a los aspectos más radicalmente religiosos del programa Tarancón para un tiempo que él presentó como "menos conflictivo, pero más difícil". Porque verosímilmente no se presentarán en los próximos años otro "caso Añoveros" o una repetición de aquella tan graciosa y absurda cadena de multas a los curas; pero parece claro que el futuro que se acerca aguilatará o destruirá la fe de muchos. Y éste sí que es un problema de primera magnitud.

El cardenal Tarancón se mostraba sereno ante el horizonte constitucional. Afirmaba sin vacilaciones que los obispos confían en que los representantes elegidos por el pueblo acertarán al hacerla y esperaba que la Constitución no condicionaría ni limitaría en modo alguno la fe de los españoles. Pero, al mismo tiempo, aseguraba que sin herir esa fe sí podría condicionar "las formas tradicionales de vivir esa fe".

La distinción me parece muy importante, porque muchos de los que se quejan de que "les están cambiando la fe" no perciben que lo que realmente ha cambiado—y va a seguir cambiando mucho más—son las formas concretas de vivirla.

Personalmente voy a decir—ya lo he escrito otra vez en estas crónicas—que nunca he dudado de la fe de un grupo muy grande de españoles. Pero tengo que añadir que ya no he estado tan seguro de los muchos añadidos sociológicos, históricos, sentimentales, emotivos con que esa fe se vio arropada.

Me aclararé: sí, por ejemplo, yo sé que los pequeños pueblos castellanos venían a "producir" unas veinticinco vocaciones sacerdotales por cada diez mil habitantes, y pienso luego que los suburbios de las grandes ciudades, formados en gran parte por esas mismas familias pueblerinas, "producían" ya sólo 0,2 vocaciones por cada diez mil habitantes, tengo que preguntarme si esas vocaciones surgían porque esas familias eran creyentes o porque cuando estaban en el pueblo no tenían para sus hijos otras salidas que el ara-

do o el seminario y optaban entonces por la segunda.

O sí, por poner otro ejemplo, alguien me pone como signo de que la fe se está muriendo el hecho de que hace veinte o cincuenta años en todos los pueblos de Castilla, e incluso en no muy grandes ciudades, una proporción no pequeña de personas acudía a rezar el rosario o llenaba los cultos vespertinos de las iglesias, y que éstas, en cambio, están ahora desiertas por las tardes, yo tengo que preguntarme si será que ha descendido la fe o simplemente que se ha inventado la televisión y que quienes antes acudían a los rosarios tenían como motor subconsciente el matar de algún modo el aburrimiento y encontrarse en las iglesias con los amigos.

Evidentemente, la civilización moderna está golpeando muy duramente las viejas prácticas religiosas, e indirectamente la fe, que no coincide con ellas, pero que en parte es por ellas alimentada. El domingo ha comenzado a entrar en crisis y lo estará cada vez más, porque la figura del descanso dominical está montada sobre la idea de unas sociedades inmóviles y hoy entramos en sociedades que han cambiado sustancialmente su concepto del fin de semana.

Lo mismo—con mayor intensidad—habrá que decir del cruce de las ideologías. El joven de hace veinte años difícilmente soñaba en ser marxista porque apenas tenía posibilidades de plantearse; no compraba revistas pornográficas porque no se las vendían en los quioscos; no era partidario del divorcio porque la simple idea le resultaba tabú.

Hoy la Iglesia empieza a vivir a la intemperie. Afortunadamente. Sí, afortunadamente, aunque alguno se escandalice. A la intemperie predicó Cristo su Evangelio y contra corriente lo vivieron los primeros cristianos y casi todos los santos que en la historia han sido.

Y me encanta comprobar que el programa de acción que el cardenal Tarancón planteaba en su discurso no fuera el de un orgulloso "aquí todos somos católicos"; ni el de un asustado "repleguémonos, encerremos a los creyentes en urnas de cristal"; ni el de un aterrado "todo se ha perdido menos el honor". Sino el de un inteligente "distingamos cuál es la verdadera fe que debemos mantener y cuáles las adherencias que no importa perder", y el de un creyente "vamos a trabajar en la educación de la fe de los españoles, porque ni las personas ni los pueblos terminan nunca de educarse en ella".

Porque las persecuciones y las dificultades nunca fueron un gran enemigo para la fe. Lo fueron bastante grande las ambigüedades y las confusiones. Pero el gran enemigo de la fe ha sido siempre la siesta (la siesta espiritual y moral, naturalmente).

J. L. MARTÍN-DESCALZO